El tesoro de la Alhambra



El tesoro de la Alhambra: La historia del Teniente Bomppiller
Prudencio Carvajal Bombillar

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16611-97-3
ISBN eBook: 9781635035445

Maquetación, diseño y producción:
© 2016 Prudencio Carvajal Bombillar
© 2016 Punto Rojo Libros, de esta edición

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Prudencio Carvajal Bombillar

El tesoro de la Alhambra

La historia del Teniente Bomppiller

PUNTO ROJO
libros

Agradecimientos

Muchas gracias, en primer lugar, a ti, que estás empezando a leer esta novela. Evidentemente sin lector no hay historia y soy de los que piensan, creo que al igual que tu, que un buen lector hace una novela importante.

¿Cuántas historias son claves en nuestra vida? "Trafalgar" de Don Benito Pérez Galdós, por ejemplo, me marcó como aprendiz de lector. O "Papillón" del francés Henri Charriére que me mostró la primera lección de la injusticia de la vida.

Seguro que tú tienes tus novelas que te han ido marcando a lo largo de tu vida. Y quizás no sean -best seller-, pero son "los momentos" de tu vida.

Después quiero dar las gracias, como no, a Josefa Bombillar Álvarez, mi madre. Por muchas razones, pero en ese caso, porque ella me contó la historia de la procedencia de mis orígenes. No somos nadie sin pasado, y ella me dio el mío.

Debo dar las gracias a los grandes maestros de las letras españolas que me han enseñado la historia de España, esa historia que ya no se enseñan en los colegios, quizás porque es tan extensa y rica o porque los políticos se empeñan en reescribir para su beneficio. Gracias a Don Benito Pérez Galdós, Don Francisco de Paula Valladar, Don Antonio Gallego Burín, Don Arturo Pérez Reverte, escritores que han tratado nuestra heroica etapa de la guerra de la Independencia con cariño, y yo diría que hasta con amor. Gracias a los historiadores que me han alumbrado en los cientos de detalles en esta historia. A los grandes historiadores y a los aficionados, que a través de internet dejan sus gotitas de sapiencia para que sedientos como yo bebamos de sus trabajos y estudios. Os suplico que no dejéis de estudiar y desmenuzar nuestra historia, porque vosotros que desde vuestros teclados lanzáis los estudios de la memoria de vuestros pueblos, estáis recuperando, sino la historia con mayúsculas, sí la verdadera historia con el cora-

zón. De igual modo los ayuntamientos deben ser los que fomenten y presten más atención a estos vecinos para completar nuestros recuerdos históricos. Por esos en esta novela salen muchas leyendas, cuentos, hechos que he sacado de las páginas de estas personas anónimas.

Muchas gracias a los personajes que poco a poco iban a pareciendo y me iban dictando los renglones de la historia. Mis hermanos, Paco, Cure, Carlos, Javier, Jesús y Luis, con mis cuñadas, Rebecca, Luisa, Mari, Yolanda, Isa, Puri y Amelia. Mis amigos del alma Pepa y Gregorio, Yolanda y Fernando, Juani, su madre y José, Encarna y Juan Ángel, mi querida Tere y Paco, Conchi y Miguelico, Ana de Zaragoza. Mis cuñados, (suena raro agradecer nada a los cuñados), Jesús y Rafa por sus correcciones históricas, gracias. A José Medina Bombillar por su ayuda. A mis compañeros de armas Pepe Bonilla, Luis Reig, Javi Barrionuevo, Orgaz, Mingorance, José Manuel "el granaino", "el cuervo", "el negro", Alfonso, y demás.

Gracias a Estrella y Jesús (Amí), personajes principales en mi vida y personajes especiales en esta historia que deseo que os entretenga.

Capítulo 0

Epílogo

Esta es una historia de un sueño, o mejor dicho, del camino de un sueño. En donde lo importante es el camino y los personajes que trascurren por él.

No soy escritor y no lo pretendo, tan solo quiero contar una historia que mi madre me contó y yo la creí.

Como en todas las historias hay hechos y personajes que parecen ser familiares, identificando a muchos de ellos con personas que conocemos en nuestra vida real. Pues apuesto que sí, que son ellos en otra vida, en otra piel. Y si no lo son, tiene derecho a serlo.

No soy escritor pero me encanta contar historias, no porque sean bonitas o hermosas o misteriosas o terribles u horrorosas, sino porque me encanta veros la cara que penéis en cada pasaje y en cada capítulo.

Así que yo no soy el importante, ni tan siquiera la historia ni los personajes, lo más importante sois vosotros que leéis.

Espero que disfrutéis del joven Teniente Bomppiller, un francés que el destino le dirige hacia tierras españolas para acabar en Granada. En la España de 1810, convulsa y horrible de una guerra hecha con uñas y dietes, literalmente. Donde el gobierno del país abandona a su suerte a toda su gente y esta tiene que sobrevivir. El gobierno pone en manos del enemigo francés a su ejército y a sus políticos, pero los ciudadanos se niegan a la resignación y sacan el orgullo español. "Nadie tiene que venir de fuera a decirnos que tenemos que hacer". Los invasores no sabían que se enfrentaban a un ciudadano convertido en soldado, con toda la herencia de los

Tercios de Flandes y más allá de lo que decía Calderón de la Barca, "Todo lo sufren en cualquier asalto. Sólo no sufren que les hablen alto".

El mejor ejército del siglo XVIII continúa su expansión por Europa y llega a España para quedarse. El joven Teniente de artillería Bomppiller, joven pero ya curtido en alguna batalla, entra con la Grandeé Armeé francesa a Andalucía por el paso de Despeñaperros y es elegido por el mismísimo Napoleón para buscar un tesoro enterrado en la Ciudad de la Alhambra por el último Rey Nazarí, Boabdil, el Rey Chico.

A lo largo de su búsqueda, apoyada en el historiador granadino del siglo XVII, Don Rafael Villanueva, de quién le llega su diario del tesoro de la Alhambra, se encuentra con un largo periplo por los pueblos andaluces; por las batallas más importantes en Andalucía; con personajes peculiares y sus historias; con la Andalucía profunda de las brujas, ánimas y la Inquisición y con el sufrimiento de una ciudad oprimida por el egoísmo y la ruindad de un ejército prepotente y victorioso.

El Teniente Bomppiller se ve entre dos mundos y dos vidas, pertenecientes a un mismo lugar, Granada. Vivirá y sufrirá la reconquista de Granada por los Reyes Católicos en 1492 y la reconquista de Granada por los granadinos de 1814. Y lo que es más importante, descubrirá una tierra donde todo el mundo es bienvenido si viene como amigo y las zarpas de lobo hambriento de la muerte si viene como enemigo.

Capítulo I

Junio de 1808.
El paso de Despeñaperros

Era ya noche avanzada para la patrulla reconocimiento de artillería francesa, noche oscura, donde las sombras se confundían con la oscuridad, cuando un relámpago iluminó todo el angosto paso de Despeñaperros.

.....

Nunca había estado en un lugar tan extraño.

El paso lento de su caballo conducía la mente del Teniente a sus tierras en las campiñas francesas.

En la Escuela Militar de Artillería de Brienne, cerca de París, la tierra no tiene estas profundas arrugas, que la edad surca en la roca. Allí en tierras parisinas, el piso es suave, de tersos contornos y sutiles curvas, de tenues líneas y sedosas ondulaciones. Donde el alma consigue esparcirse por toda su alfombra, mezclándose con el frescor verde claro de su vegetación y estirándose entre sus esbeltos árboles. Algo así como la caricia del frescor húmedo de la mañana,...

.....

El estruendo de fusilería a cuatro metros de su rostro, y la humedad de la sangre caliente con parte de los sesos del Sargento Fulop, mezclado con cabello sobre su cara, le arrancó inesperadamente de las luminosas campas parisinas, para estamparle en la profundidad mas tenebrosa de las malditas montañas andaluzas.

Sin darle lugar a revolverse sobre su inseparable equino, amigo de juventud, Sargasón, algo se estrelló en su rostro. Cayó sobre la cabeza de su más fiel amigo casi sin conocimiento, y consiguió asirse a sus crines. Un nuevo trabucazo lo puso a dos patas para defenderse y tras chocar contra otro de sus cuadrúpedos amigos corrió despavorido, no huyendo si no buscando a ese enemigo que no había forma de adivinar donde estaba. El Teniente no era consciente de cómo consiguió reincorporarse y sin llegar a caer, desenfundó la espada. Dio varios mandoblazos a un lado y a otro, sin saber bien si conseguía su objetivo, o tan solo deshojaba ramas de los arbustos en la espesura. Un nuevo golpe esta vez por detrás del hombro le hizo retorcerse de dolor y le desmontó, cayendo sobre lo que parecía un saco de avena.

Su mente no podía pensar, casi ni se lo planteaba, tan solo actuaba, pero no tenía tiempo ni de reaccionar cuando escuchó un "gabacho de mierda", que no sabía que quería decir. Un trozo de lo que parecían intestinos le salpico todo el pecho; y un repentino relámpago le puso cara a cara frente a la única figura que podía reconocer desde el origen de esta pesadilla. Un rostro como esta tierra con profunda grietas, como cortezas de alcornoques, de cejas espesas revueltas como matorrales, orejas descomunales con culebrinas saliendo de ellas, patillas de jabalí salvaje, una quijada con una boca en ella, que la ausencia de algunos dientes hacia salir peste por ella, y odio horrendo, pavoroso odio por mirada que le atravesó el estomago haciéndole doblarse sobre sí, cayendo de bruces sobre el saco de avena entre unos espinos.

Volvió a las campiñas de parisinas. Sentía la caricia del sol en su rostro, la suave brisa del viento del atardecer le mecía el cabello sobre la frente, que una mano delicada le acariciaba para quitárselos de ella. Su alma estaba sosegada y tranquila. El fatal sueño pasó, todo había sido una horrenda pesadilla, pero ya su desbocado corazón volvía a su ritmo natural, a una cadencia sosegada, lenta, lenta, muy lenta...

.....

Habían salido de Almuradiel al amanecer del día 1 de junio de 1808, dos días por detrás de la vanguardia del 21 Cuerpo de la Girondella. Era la Sección de reconocimiento artillero del 6º Regimiento de artillería a caballo. La componía el Sargento Fulop, cinco acemileros, otros tantos conductores de carros y quince soldados de infantería, con el Teniente de artillería Raphael Bomppiller al mando.

—Reconocimiento del desfiladero de Despeñaperros, a fin de encontrar y adaptar los caminos carreteros y sendas para el paso de los carros de artillería. Especial cuidado en la anchura de los carros de los "medios cañones" de 35 libras. Así como zonas de realización de vivac, acampada y descanso para la tropa y los semovientes. —Ordenaba el Coronel Dantes de la Martinica, quien era el responsable de la vanguardia de la artillería y del 2º tren del 2º Cuerpo Girondella, constituida por los dos Regimientos de Artillería, el Batallón de Equipajes, la Brigada de mulos y la Compañía de obreros.

Serio y grabe Coronel artillero, de bigote reglamentario e impecable estado de policía. —Teniente, no quiero retrasos en el informe final, debiendo estar de regreso no mas tarde del medio día de mañana.

Nada ni nadie se encontraron en las suaves lomas antecesoras del desfiladero de la Sierra de Cazorla. La marcha lenta pero sin pausa por el camino Real de Sevilla llevaba a los artilleros cabizbajos ensimismados, y el único atento a todo el alrededor, haciendo cálculos continuos del camino y veredas, era el Sargento que acercándose al Teniente le hacía apreciaciones constantes sobre el piso del terreno y las cuestas, que hasta ahora eran suaves. El frescor de la umbría del paso se acentuaba conforme se escondía el sol y la humead aparecía. Confiados por el silencio que reinaba marchaba apenas sin decir palabra, sin sospechar que no iba a ser un reconocimiento técnico más.

— ¿Has anotado los puntos más complicados Sargento?

— Si mi Teniente. Pero con las mulas africanas, que nos mandaron la última vez...., me parece que tendremos que reforzarlas para subir esta última cuesta. —Señalaba el Sargento frunciendo el cejo mientras la miraba de reojo.

— Anotaré también que en esta zona tendrán que actuar los zapadores para cortar estos arbustos y algún tronco. —Mientras sacaba el cuadernillo de la alforja y el carboncillo de la chaqueta.

— Ya apenas se ve. Mi Teniente....

— Si, será mejor que descansemos. Pasaremos la noche en cuanto crucemos el vado.

Volvieron a quedarse en silencio, y se perdieron en sus pensamientos. Cuando, entre las sombras de los árboles, como saliendo de la nada coléricos y rabiosos saltaron sobre ellos la cuadrilla del "Chorro humo", sin dar más tiempo que el de sorprenderse.

El Caló cortando el camino disparó directamente al rostro del Sargento que a la cabeza, junto al lado izquierdo del Teniente, cabalgaba. La oscuridad era casi total. Solo sombras en movimiento y un silencio espantoso rompían las figuras. Como en un baile se movían para efectuar una danza sangrienta. Tras el primer disparo le siguió un estruendo de arcabuces y mandoblazos, que cortaron ramas y talaron vidas. La sangre se mezcló con el miedo y el agua del río, y la pólvora con la ira y las ramas del bosque.

La partida del "Chorro humo" compuesta por una treintena de bandoleros, desertores de las unidades francesas, campesinos sin tierras, comerciantes arruinados, estudiantes sin futuro, muchachos sin presente y algún superviviente del Cuartel del Parque de Monteleón, donde pocos días antes muchos madrileños eran masacrados por las tropas francesas, en lo que pasó a conocerse como "los hechos del dos de mayo". Todo lo que poseían lo llevaban en sus monturas. El cansancio, el hambre, el dolor y el odio. Todo para descargarlo sobre los que pretendían dirigir sus vidas masacrando al que se les opusiera. Los muertos del día 2 estaban en sus mentes. Encarnizada fue la lucha y encarnizada fue la muerte.

Los soldados de infantería franceses reaccionaron de forma profesional ante un pequeño ataque, cerrándose en filas y cargando sus fusiles para repeler al enemigo. Pero, no pudieron hacer la primera descarga. A cuchillo fueron apuñalados y degollados. Entre los muertos silencio, entre los heridos algún caló y un moro. La partida del chorro humo era interracial,

en la España que no diferenciaba entre los gitanos, moros, judíos o payos, solo entre ricos y pobres.

.....

Una placida voz le susurró al oído,....

— Teniente Bomppiller, no se mueva.

— ¡No ve que está muerto! Déjelo mi Sargento... Dios!! Está reventado.

El rumor del río se confundía en su mente con el sabor agridulce de la sangre en la boca, la aspereza de la tierra en el rostro con el suave tacto de los intestinos del compañero sobre su pecho.

El aspecto del Teniente Bomppiller era como el de casi todos de su Sección de reconocimiento artillero. Aunque parecía el único que seguía teniendo un hálito de vida. Tendido sobre el cadáver del Cabo Gasscón mezcladas sus sangres y parte de sus entrañas confundidas en él.

Era un panorama casi irreal, si no fuera por el picor del sol de verano al mediodía aplastando sus cabezas que les hacia tocar la realidad. El Teniente Médico Tamburri medico del 2º puesto de socorro del tren de bagajes iba y venía de un cuerpo a otro valorando las heridas y buscando síntomas vitales.

— Subteniente Pantoj, escriba, Nº 5 contusión en lado superior occipital, corte moderado poco profundo en brazo izquierdo, buen aspecto. Corte limpio poco profundo en cuádriceps pierna derecha — le dictaba al Subteniente, mientras no dejaba de inspeccionar al herido—. Señálelo como leve. Limpiar heridas y vendaje. Que descanse.

— A sus ordenes mi Teniente, Nº 5 leve, limpieza de heridas y vendaje.

— Subteniente Pantoj, Nº 6 corte profundo en bajo vientre, de unos 30 centímetros. Consciente, respiración lenta. Contusiones en el pecho, hematomas con muy mal aspecto. Muy grave. Limpiar heridas, taponar la herida para coser. Dadle un cigarro.

— Si mi Teniente. Nº 6 muy grave, herida bajo vientre de 30 cm, hematomas en el pecho. Limpiar heridas y taponar con vendaje fuerte, hasta

intervención. Nada de agua ni comida —. Repetía el enfermero, Subteniente Pantoj, completando el diagnostico y la intervención de urgencias para clasificar a los heridos. Mientras los equipos de camilleros procedían al primer tratamiento y posterior traslado de estos al lugar marcado—. Pero creo mi Teniente que el humo del tabacco podría perjudicar al herido.

— Su herida no empeorará, y el aroma del tabaco de Languedoc siempre reconforta. ¿Vedad Soldado? —le decía mirándole a los ojos, mientras, de rodillas junto a él, sacaba una pitillera de la casaca.

El Soldado se lo agradeció con una leve sonrisa, mientras aceptaba el presente entreabriendo los labios.

Recorriendo la vaguada estrecha y espesa reconociendo hasta un total de 26 hombres, de los cuales el Subteniente Pantoj le daba el resumen: 18 muertos, 7 graves, de los cuales tres con heridas en el vientre y cuatro con heridas de diversa consideración, y 1 herido leve.

El Subteniente enfermero continuaba leyendo en su libreta, llena de tachones, flechas y palabras ininteligibles. —La sala de cura está en la habitación de la derecha de aquella casa—. Mientras se dirigía con presteza hacia ella.

— Pantoj, separa a los de herida en vientre de los demás, no quiero que se angustien más de lo debido.

— A sus órdenes.

Todo esto hablaban mientras trasteaban en las bolsas y alforjas que colgadas llevaban, calculando lo que tendrían que usar.

El Teniente Médico Tamburri heredó de su madre, una recia navarra de Otsagabía del valle de Salazar, la serenidad y entereza que el rigor de los inviernos en esos valles navarros dejaba marcado. Aunque era su primera actuación como Jefe del equipo de socorro, tenía muy claro los pasos a dar. “El protocolo es lo único que se ha tener en cuenta para no caer en el caos”. Se decía a cada instante.

Una primera revisión y diagnosis, clasificación de heridos y cura vital, traslado al puesto de socorro establecido y tratamiento según su clasificación.

Cuando entró en la casa del "tío del molino", una pequeña cortijada en mitad del paso, para cuidar ganado, portaba entre sus manos aguja curva con hilo y tijeras vezzien de sutura. De inmediato se dispuso a atender al Soldado Traving, introduciéndole el paquete intestinal en su alojamiento y cosiéndole el vientre, tan solo para darle dignidad a su muerte, ya que sabía que una herida en el vientre era inútil; quizás esto era lo primero que se aprendía en la primera batalla. El Teniente le consolaba enardeciendo su ego de Húsar y de Soldado de Francia, y daba órdenes al enfermero Pantoj para limpiar y prepara al siguiente.

— Mi Teniente, acuérdese de la copa que me debe de la apuesta que le gané.

— Soldado Traving, aunque dudosa fue la victoria de su caballo en aquella carrera, será un honor el echar un trago con Usted. Ya sabe que siempre llevo una petaca del mejor congag para gloriosos momentos como este.

Ofreciéndole un trago al Soldado también le ofreció la más sincera de sus sonrisas.

— Mi Teniente, quizás no sea el mejor final para un hombre joven, pero sin duda es la rúbrica perfecta para la vida de un Húsar de Francia.

Fue lo último en decir antes de espirar, con el aroma de Francia en su boca. El Teniente le cerró los ojos y tras un breve suspiro apremió al Subteniente para atender al siguiente paciente. Entró en la habitación donde estaban los menos graves, todos con cortes de distinta consideración.

Esta era muy amplia, servía de almacén a la casa principal, había cuatro colchones de paja en forma de cama, una al costado de otra. Cuando se disponían los doctores a atender al Nº9, grave sin nombre, español, tres heridas de espada en cuello y brazos, de distinta consideración, una voz fuerte alertó al Teniente.

— Mi Teniente, el Capitán le requiere. El Coronel Landing necesita sus atenciones.

Salieron con los botiquines y morrales de cura dejando la estancia en silencio.

El Teniente Bomppiller ocupaba el tercer camastro por la derecha, dormía y su semblante era sereno. Estaba desnudo bajo la sabana que le cubría hasta el pecho. El que se encontraba a su izquierda era un moreno de largas y espesas patillas, su piel requemada lo estigmatizaba como rondeño, cuarentón que ni al perder la vida aparecía un ápice de palidez. Se diría que seguía vivo entre los muertos. El Cabo Sardangon, un poco más allá, le sonreía a la muerte con una mueca amable, solo el gran charco de sangre a su derecha demostraba que su vida se iba muy lentamente, sin reproches ni cobardía.

Un gruñido apagado rompió el silencio. El cuerpo que se encontraba a la derecha del Teniente Bomppiller, tan solo con un ojo abierto, que apenas podía distinguir el cuerpo junto a él, obnubilado, se inclinó sobre él e introduciendo algo en su morral de cuero mientras le decía —: No dejes que los perros gabachos lo encuentre. Defiéndelo con tu vida— le apuntaba, casi sin poder verlo —, estos perros infieles no lo descubrirán. ¡Alá es grande! —. Terminó cayendo sobre su lecho.

El Teniente Bomppiller acertó a escuchar entre sueños las últimas palabras.

El pelotón del Sargento Gascón se encargó de la sepultura de todos los muertos.

Y tras finalizar, el Teniente, dio novedades al Capitán que cerca acampaba con el resto de la columna.

— Mi Capitán, se han recogido los efectos personales de nuestros hombres, — informaba el Teniente Armendille. Teniente de la caballería húsar, compungido y con un medallón entre sus manos tendidas hacia el Capitán. — Aquí está el águila de plata del Sargento Fulop. Como Usted pidió.

— Gracias Teniente — recogió la medalla apenado—. Mande la lista de fallecidos inmediatamente al Cuartel General, y ocúpese de las caballerías y demás enseres.

— Si señor.

— Y asegúrese que todas las pertenencias de nuestros hombres lleguen a sus familiares. Esto... — decía volviendo a abrir la mano para contemplar el águila plateada impuesta como reconocimiento especial, en la batalla de Austerliz —. Lo remitiré yo personalmente.

El hombre más admirado, tanto por la tropa como por la cúpula militar, de todo el cuerpo de Húsares era el Capitán Estarville. Igual se sentaba a comer en el barro con sus hombres, como podía realizar maniobras geniales con su compañía en el campo de batalla.

Por sus grandes conocimientos en el arte de la guerra e instrucción, así como del carisma de un verdadero líder era el oficial más querido del Regimiento. Cuenta la leyenda cuartelera que el mismo día que lo propusieron para el ascenso a Coronel, le dio un puñetazo al General Pantión por negarle unos chuscos de pan a algunos de sus hombres mientras le decía "el ascenso también se lo come Usted mi General".

Solo en su tienda de lona, el jefe de la "compañía especial de operaciones" de Caballería, como le gustaba llamarla, el Capitán se enfrentaba a la soledad del mando. —Dios mío, permíteme pedirte únicamente que no me dejes sólo en esta extraña campaña.

Todo el estado Mayor esperaba no tener apenas resistencia en esta "invasión pacífica de España", como determinaban. Pero al Capitán se le erizaban los bigotes cuando intuía que los españoles no se quedarían quietos mirando esta ocupación. —Los españoles son demasiado calientes—. Solía decir desde que entraron por Bayona.

— Mi Coronel algo hay en esta escaramuza que no me cuadra. —Decía el Capitán mientras se acercaba a él saliendo de su tienda cuando este pasaba cerca.

— Capitán usted siempre buscando los tres pies al gato.

— ¿Acaso no ve raro que tres de las bajas españolas sean Beréberes o moros, como ellos les llaman? Este es un país de razas que conviven pero no se mezclan.

— No se preocupe tanto Capitán que las pérdidas de hombres son dolorosas pero inevitables. Lo importante es continuar.

Las heridas del Teniente Bomppiller no fueron graves, lo peor fue la conmoción del golpe, así que su recuperación fue casi completa. Le quedaba una venda un tanto aparatosa en la cabeza, pero le permitía la reincorporación en su Unidad, reintegrándose al Cuartel General de la Brigada a su paso ese mismo día.

Capítulo II

Una carta de Napoleón

Un correo ordinario de enlace con el Cuartel General de Madrid, llegó a las 5 de la madrugada del día 2 de junio. El chesseurveteran del 2º Regimiento de la guardia de parís, Anthuan Gastón, acompañó al correo, que con las cejas llenas de polvo, le rogaba que le indicara el puesto de mando del Cuartel General.

— A la orden Sr. Sargent. Se presenta el correo de la guardia imperial en nombre del comandante en jefe de ejército de su majestad imperial,...

— Déjate de rollos, que hoy me tenéis hasta los mismísimos... —Le interrumpió el Sargento, que con cara de pocos amigos salía de la tienda cónica del cuerpo de guardia, que custodiaba la zona marcada por el Cuartel General. Desde las doce de la noche que se determinó la zona de acampada para instalar el Cuartel General Avanzado, el Sargento "passeant", tuvo que recuperar todo el material del tren de equipamiento, para comenzar la instalación.

— Claro, los Señores Oficiales tiene que tener su tienda montada y los caballos atendidos antes de empezar las largas reuniones, que no valen más que para cabrearse entre ellos. —Se decía mientras inspeccionaba los carros, de un lado para otro. La tropa lo temían. Le solían llamar "el marrones", porque cada vez que algún soldado se cruzaba con él, le mandaba hacer algo.

La verdad es que desde que salieron de Toledo ha sido una marcha tranquila, claro con la excepción del incidente con los insurgentes del desfiladero.

— Ven para acá "chesseur veteran", lávate la cara y toma un poco de café antes de entrar a ver al General de División.

El Sargento "passeant", a pesar de la rudeza de trato era sabedor de que al soldado imperial se le ha de cuidar, incluso en combate ha de ser consciente de lo que representa.

El General Dupónt, a las 6 ya estaba sentado a la puerta de la tienda de campaña tomando una copa de coñac contemplando el amanecer.

— En pocos sitios he visto una luz tan especial como la que hay aquí en Andalucía. —Le decía al correo mientras permanecía en la posición de firmes con la bolsa de cuero colgada a la bandolera.

— Mi General con su permiso, he traído correo del General Murat.

— ¿A qué unidad perteneces soldado?

— A la 1ª Provisional de dragones de la brigada de....

— Eso lo veo en tu uniforme. Quien es tu mando

— El Capitán Gaillard jefe del Estado Mayor de la Brigada, mi General.

— Galliard — repite el General sin dejar de mirar a la lontananza, mientras se empieza a ver muy lentamente el aro amarillo por el horizonte —. Serás un soldado astuto y de acciones meticulosas. El Capitán es un buen soldado.

El General recogió el correo que le ofrece el soldado y levantándose despacio se va hacia su mesa de trabajo donde al azar empieza a abrir los sobres. Sólo tres. Uno de color sepia dirigido al General Jefe del 2º Cuerpo de a Girondella, donde el General Murat le indica la disposición de 3.500 hombres de la Brigada del General Avril, del Ejercito del General Junot que disponía en Portugal, para apoyarlo en el avance por Andalucía.

El General Dupont, gran valor demostrado y astucia en el campo de batalla, no era más que un excelente ejecutor de los planes de Napoleón. Los Generales de Napoleón se limitaban a desarrollar los planes marcados por él de forma magistral. Era por eso que los planes finales para España no lo conocían sus Generales, hasta el momento que Napoleón considerara oportuno. Por lo que la misión para el General Dupont era la de liberar a

las tropas francesas, embarcadas desde hacía unos años en la bahía de Cádiz, tras el desastre de Trafalgar, presionada por la flota inglesa.

Murat, comandante en jefe de la contienda en la Península, conocedor ya de los planes de Napoleón, no quiere riesgos, aunque confía que el pueblo español no se opondrá al Ejército imperial. Además el gobierno y la cúpula militar española ya han dado órdenes de que se apoye la Grande Armée en su marcha por los territorios españoles, camino de la ocupación de Portugal, en una lucha en contra de los ingleses.

Tras leer detenidamente esta primera carta, el General mandó llamar al mayor Verenheim, el jefe del estado mayor. Hombre alto y enjuto, del que decían sus compañeros de empleo que la escalilla la conocía mejor que los campos de batalla, y encontraba buenos atajos para el ascenso. No por menos era Mayor del Estado Mayor.

— Quiero que me ubiques y marques en los planos la situación actual la brigada del General Avril y el despliegue naval de las fuerzas inglesas en la costa de Cádiz.

El Mayor siempre dispuesto a poner a trabajar a sus hombres recogió los planos necesarios y se dirigió a la tienda donde estaba situado el "santuario de operaciones". Vamos, donde se tomaban sus copas de buen coñac, mientras los escribientes y cartógrafos hacían el trabajo de manos negras.

Conforme salía el Mayor de la tienda del General Dupónt, recabó sobre un mensaje atado a un paquete de legajos de color ocre. Tenía varios lacrados de distintos sellos. Uno de ellos era del mismísimo Napoleón.

Dupónt sabía que el General Murat, "el cuñadísimo", como era conocido entre los Generales, ya que era casado con una hermana suya, tenía el beneplácito del "pequeño General", por lo que pensó en un error el que estuviera ese escrito allí, tan lejos de Madrid.

"Al General en jefe del 2º Cuerpo de la Girondella", rezaba el sobre.

Lo empezó a abrir con esmero, tras haberlo escudriñado por todas las partes y comprobar que además del sello personal de Napoleón tenía el sello de la Guardia de París y el de la prefectura de asuntos exteriores.

Muy extraño, aunque unos años antes en el 1805, poco antes de la batalla de Ulm, y al mando de una División en Holslanch, recibió una carta parecida felicitándole por el alumbramiento de su primer hijo. Pero aún faltaba más de un mes para su cumpleaños.

Pero el "pequeño General" era así, totalmente imprevisible.

El escrito no empezaba con el correspondiente encabezamiento reglamentario. No era largo, pero sí espeso de contenido y misterioso, muy misterioso.

"Se deberá presentar en la iglesia mayor situada en Córdoba, en el que el escritorio le aportará información sobre el tesoro del pequeño General, con ello reconquistaremos nuestra vieja tierra."

General, una vez más confío en su lealtad, pundonor y servicio para esta misión que personalmente he de tratar. Para ello quiero designe al Tte. Bomppiller para realizar las pesquisas necesarias para tal investigación...

Continuaba la carta para terminar con...

Quiero una entrada triunfal en Córdoba, y si fuera preciso desmantelarla hasta encontrar ese escritorio.

General espero resultados.

NAPOLEÓN EMPERADOR

Una misiva firmada por el Emperador. Donde requería la asignación de una operación al Teniente Bomppiller.

Tras echar un vistazo a los legajos, el General no supo que pensar. Un tesoro, gobernador, conquista de Europa...

— Durante la campaña de Egipto se pasó más de seis meses tras el tesoro de un Faraón —, pensaba para sí — que por narices estaba enterrado en la Esfinge. El arca de la vida, o algo parecido. A veces me daban ganas de mandarlo a... No, es nuestro General en Jefe y,... Pero a veces,...

— Coronel Barbarín, inmediatamente haga que busquen al General de la Caballería Faultrier y hágale saber que le espero y que traiga a un tal Teniente Bomppiller, y que ya tenía que estar aquí.

— De esta labor puede salir un gobernador de Andalucía o quién sabe. —Continuaba con sus pensamientos el General mientras releía la misteriosa carta.

El Coronel, no podía hacer esperar al General, ya que su impaciencia la pagaba con el Estado Mayor, así que sin tardanza avisó al Comandante de la seguridad y le pidió sin más diligencia,

— Comandante mande una nota al General de caballería para que traiga al Teniente Bomppiller, que es amigo del General Dupónt y que está impaciente.

— A sus órdenes mi Coronel —y el Comandante Cangabate corrió a la Compañía de Servicios y al Capitán le ordenó,..

— Inmediatamente mande un correo al General Dupónt que esta con el General Faultrier y que busque al Teniente impaciente de caballería.

Mandó al Sargento Pelegrim, que en ese momento se intentaba escaquear del nombramiento del servicio de cuadras; ya se sabe la limpieza del ganado, prepararles la paja seca, ponerles el pienso, el agua, el cepillado y un largo etcétera de trabajos. Pero le salió mal el intento y con cara de pocos amigos recibió la orden.

— Cabalga hacia la Brigada del General Faultrier y busca al Teniente de caballería que es su pariente y que se presente inmediatamente.

El Sargento cabalgó hasta el puesto de mando de la Brigada de Caballería sita a unos kilómetros, al llegar preguntó al centinela por el oficial de servicio para hacerle llegar un mensaje del Cuartel General.

— Mi Sargento, el oficial de servicio es el Teniente Bomppiller de la Batería de la Plana Mayor del Regimiento de la Caballería... —le estaba contestando…

— No me andes con florituras que estoy muy cabreado para aguantar tanta palabrería —le decía con cara de muy pocos amigos, eso de haberle

salido mal la jugada del escaqueo lo tenia de muy mal humor— y dile que se presente con el General Faultrier inmediatamente al General Dupón.

El Soldado desde la posición de firme recogió la media bronca y tras un — ouí mesié Sargent — corrió a buscar al oficial de servicio. Justo en el momento que llegaba al cuerpo de guardia, el General Faultrier llegaba a caballo de un breve reconocimiento, y casi se choca con el Soldado.

— Esas prisas indican o su impetuosidad o que hay algo grave hecho acaecido.

— Sí mi General, —decía el soldado desde firmes con el aliento entrecortado y con la cara alta— ha llegado un mensaje del General Dupónt, que está muy cabreado, para que se presente vuecencia con el Teniente Bomppiller inmediatamente en el Cuartel General.

Eran las ocho y cuarto de la mañana del día 2 de junio, un día que se presentaba caluroso. Y cuando se alteraba el General el Estado Mayor se descomponía y la Guardia de París se trastornaba e iba de culo toda la División.

El 6º de artillería a caballo estaba en los alrededores de Villa del Río, con la brigada Dupré, así que a las 12 del medio día, el General comandante de artillería junto con el Teniente Bomppiller se presentan en el puesto de mando.

— No sé qué habrás hecho Teniente, pero como pongas en peligro mi brillante carrera militar, te prometo que... — Le iba diciendo el General con tono entre preocupado y enfadado.

— Mi General le prometo que yo...

— Déjate de rollos Teniente, que me tenéis hasta las narices. Estos oficiales de ahora no son como los de antes. Ahora con la modita de llevar zarcillos en las orejas... ¡La Grande Armée se hunde...!

Al llegar a la tienda de mando del General Dupónt, el General Faultrier dio un taconazo, porque las ordenanzas son las ordenanzas. —Mi General aquí tengo a Teniente Bomppiller, y le aseguro que,..

— No te esfuerces Faultrier —le interrumpió— desde este mismo momento al Teniente lo considero como mi ayudante personal y seguro que tu estarás de acuerdo.

No era momento de llevarle la contraria, y menos al darse cuenta que no era una bronca lo que le esperaba.

El General artillero, viendo como su brillante carrera militar se volvía a encauzar, y hasta notó una mejoría, se serenó y esgrimió una sonrisa también.

— Por supuesto mi General, siempre coincidente con vuecencia.

Una vez los dos solos, el General Dupónt quiso saber cómo era ese oficial al que le propondría tan extraña misión.

— Con su permiso mi General —se cuadró tras pasar la puerta—. Se presenta el Teniente de Artillería Rafael Bomppiller, que ha sido requerido...

— Adelante Teniente —le interrumpió sin levantar la vista del seductor informe que tenía entre sus manos—. Siéntese —terminó mojándose el dedo índice para pasar la página.

El Teniente sin poder mantener la vista estática por su inquieta curiosidad, la paseaba alrededor de la tienda de campaña, por entre los banderines y guiones de las unidades francesas, junto a las Águilas imperiales, que adornaban la tienda, terminando sobre la última página del documento que estaba cerrando el General Dupónt y pudo leer el tampón rojo de SECRETO y el sello del Águila Imperial.

— Como un observador implacable y tener una intuición extraordinaria; le califica el Emperador, supongo —decía levantando la vista para cruzarla con la del Teniente— que será herencia del Comisario Jefe de París D. Antoine Bomppiller.

— ¿A caso lo conocía, mi General?

— No personalmente, pero me hubiera alegrado mucho que hubiera cambiado París por nuestra filas en el Cuartel General. No fue así —se lamentó levantándose para pasear, colocando los brazos cruzados a la espalda, sin dejar de evaluarlo con la mirada—. A pesar del informe favorable

solicitando el ingreso que al mismo Napoleón envió. Una lástima no poder contar con tan extraordinario detective. Sí, lo conocía sin haberlo visto nunca. —Terminó colocando ambas manos sobre los hombros del tenso Teniente y sacando una sonrisa de serenidad, que era la que afloraba momentos antes de comenzar una batalla que sabia ganada de ante mano.

— Ha sido propuesto por el Emperador para una cuestión que quizás no tenga buen fin.

Lo cogió por el brazo e indicó que se acomodara, mostrándole un rincón de la tienda presidido por un tresillo bermellón acompañado por una mesa baja y un mueble bar que constituían el "retiro del camarada", que solo los Generales, y no todos, habían podido comprobar el calor del asiento y del brandi. Quizás porque lo miraba con los ojos de la admiración hacia su padre, o sabedor del imposible que le iba a solicitar.

— Rafael, tengo una misión importante — comenzó dando gravedad a su voz —. Quizás no para el transcurso de la contienda pero, sin duda, sí para el interés nacional y muy especialmente para el Emperador Napoleón.

— Mi General —decía el Teniente poniéndose en pié — soy Teniente de Artillería del Imperial Ejército Francés, y como tal es un orgullo ser de utilidad a él y un honor ser designado por el Emperador.

— Teniente, siéntese — le decía abriendo una amplia sonrisa condescendiente, recordándole sus días de academia — y déjese de respuestas de ordenanzas.

Tras una pausa medida, que gastó llenando dos copas anchas de finísimo cristal de coñac de Lombardie. Saboreó un sorbo de forma sutil, como los buenos bebedores que disfrutan de la calidad y no de la cantidad.

— No tengo la costumbre de solicitar la disponibilidad de mis hombres. El mando es un arte personal, calculado y meditado, y no se ejerce hasta haber medido los pros y contras, y mis hombres son mis manos y pies para ejecutarlas con precisión. Eso es lo que le pido a mis hombres. Disciplina. Este caso no es corriente, por eso —continuó el General — quiero que tenga en cuenta que la voluntariedad es importante, precisamente por lo extraordinario de la misión. Pero una cosa le digo, quizás sea el único, presente en España de nuestro ejército, que pueda alcanzar el fin con éxito.

— Disculpe mi General —solicita la palabra —el hecho de haber pensado en mí para cualquier misión me invita a dar lo mejor, dándome seguridad en mí mismo. El peligro no me amedrenta. El valiente no es el que no tiene miedo, sino el que es capaz de vencerlo — un cosquilleo le corrió por el cuerpo causado por la emoción puesta en sus palabras. Adelanta el cuerpo colocando los codos sobre las rodillas —Mi General, desde que falleció mi padre no tengo a nadie que espere mi regreso. Soy rector de mi vida y mi futuro lo marca mi instinto. Déjeme poder demostrar que soy digno de su confianza.

Dupónt sorbió un trago que mantenía en la boca. Calculador hasta lo más nimio, compiló sensaciones, ideas e intuición en su mente,... y dejando la copa de forma enérgica sobre la mesa, se levantó y tendió la mano al Teniente.

— Bien Teniente Bomppiller esta noche al toque de silencio preséntese en esta misma tienda.

Tras darle un apretón de manos y un saludo enérgico, el Teniente se despidió con una sensación de bienestar e incertidumbre, si eso se puede sentir así.

Toda la tarde estuvo meditabundo, con ilusión por una oportunidad de hacer un poquito de historia dentro del Regimiento. Hasta ahora, sus compañeros oficiales, no lo tenían muy en cuenta a la hora de las reuniones de camaradas. Su porte de oficial, tan impoluto en su uniformidad, su metódico orden, su estricta disciplina para todos los acontecimientos diarios, lo hacían un aburrido compañero de tertulias y juergas nocturnas.

Solían aprovecharse de su afán del trabajo metódico para dejarlo algunas noches planeando los convoyes del día siguiente, "la orden de marcha", "las listas de cargas", "los itinerarios rectificados" y resto de papeleos, importantes, pero molestos. El destino dentro del Regimiento era la sección de operaciones. El planeamiento de todos los movimientos de la Unidad y encuentros con el Ejército enemigo. Un Ejército enemigo que distaba mucho de la profesionalidad de las Unidades francesas. Un Ejército enemigo que su máximo planeamiento llegaba a juntarse los Generales para discutir quien mandaba más o a quién le tocaba el ascenso. Y respecto

a la tropa, no tenía seguro si cobrarían ese mes o al final de la guerra. Que disponían del armamento que cada uno pudiera traer de su casa.

El Teniente Bomppiller solía decir que sus camaradas no le comprendían y lo definían algunos como "un primeraco repelente".

.....

El Teniente Raphael Bomppiller, primero de su promoción en la Escuela de Artillería para Oficiales. Con 15 años consiguió el ingreso en dicha Escuela realizando el sueño de juventud de su padre. Gracias a una beca cedida a la familia por los servicios prestados a la Convención.

El viejo Antuán Bomppiller generoso policía parisino, conocido por los ciudadanos como "papá Antuán". Tan temido por los delincuentes como respetado por sus propios mandos policiales, y al revés. La misma generosidad derrochaba en las horas de trabajo como en el trato a los delincuentes, que por esos años, principios de la Liberte, Legalité y Fraternité, hacían rodar cabezas su máximo jefe el Sr. Maximilien Robespierre.

El rechoncho, rojizo y bonachón del Sr. Antuán, que siempre calzaba botines de piel y un bigote amorsado que le caía por los labios tapándole prácticamente la boca, cajón de resonancia de una voz suave, sin picos de entonación que hacía que sus exposiciones fueran suaves pero un tanto soporíferas, a no ser por la gran lógica de sus disertaciones y sus tajantes razonamientos. Considerado como un minucioso reconstructor de hechos pasados; con algunos vestigios, dos huellas y tres pistas, concluía cualquier pesquisa, por difícil o enredosa que pareciera. Y si no, su persuasión en los interrogatorios, que era capaz de convencer al mismo diablo de rezar un Padre Nuestro.

El caso más espectacular, del que se escribió muchas letras en los diarios parisinos, fue el caso conocido como el de los diamantes de las condesa Lemartutenen.

La señora condesa apareció estrangulada en su mansión, junto a una caja vacía de la que faltaba el diamante "el ojo de Iris", uno de los más grandes del mundo. Allá por el año 1782, en primavera, cuando contaba con 23 años y era un simple ayudante de inspector, consiguió hallar al culpable gracias a un trocito de tela que quedó entre las uñas de la condesa y

las marcas en el cuello que fue capaz de identificar al dueño de esas señales de los dedos, o como las llamó él, huellas dactilares, dejadas por el asesino y ladrón. Tan impresionante resolución del caso, de forma tan rotunda, dejaba al descubierto al mismísimo hijo del Duque de Pestañí, que tras el tercer interrogatorio confesó su crimen, pidiendo disculpas y devolviendo el Ojo de Iris.

Su cara grande, redonda y bonachona se hizo famosa en las gacetas parisinas, y entre los cacos de poca monta se hizo de querer al comprobar que el estatus social y el dinero no era barrera para dicho policía, internando entre rejas a un simple ratero o a un Señor Duque.

Los años noventa trajo el caos en la ciudad. La policía dejó de perseguir la delincuencia para dedicarse a la caza indiscriminada de los "enemigos de la patria". Se encerraba a personas sin pruebas, sin indicios, e incluso sin delito. Se ajusticiaba sin juicios y el invento del horror derramaba sangre por todas las calles.

Y en medio de ese horror de muerte, dio la vida a su hijo Raphael. Criado y protegido por la distancia en Ménilmontant, población lo suficientemente lejana de París como para desarrollar su infancia dentro de los márgenes de la cordura. Educado en la lógica y la sensatez por su padre y en la sensibilidad por Doña Josefine, su madre.

El nuevo ejército de patriotas se abría a todas las clases sociales, premiando el estudio y la inteligencia a la oficialidad. De esta forma Raphael se hizo cadete de artillería. Heredero de la suspicacia y la observancia del patriarca, en su primer año en la Academia, fue premiado por las ideas en el avance de las culebrinas de 16 libras, mejorando los avances de Graveaubal en los carruajes donde iban montadas.

Por sus ideas adelantadas y casi revolucionarias en los cañones de pedrera, rayando el ánima le daría mayor estabilidad a la trayectoria de la bala. El Estado Mayor de Artillería lo puso bajo sus órdenes, con la finalidad de participar en el equipo encargado de modernizar la artillería, para las grandes campañas que se preveían en la vieja Europa. Un ansioso Emperador necesitado de gloria, o como los "suyos" lo calificarían, un visionario de una Europa única.

El joven Raphael pasó sus días de cadete y dos años de Subteniente jugando con el ingenio y la agudeza mental entre Coroneles y Generales apoltronados en el conservadurismo del uso de la artillería en el campo de batalla.

— "Déjese de mojigangas que cuando yo era Teniente..." — Solían decir cuando algún joven militar pretendía exponer alguna modificación en la cuna o las ruedas del carro o en los mismos cañones.

Como no podía ser de otra forma el día 2 de diciembre de 1805 ganó el ascenso a Teniente en la gloriosa batalla de Austerlitz, donde la artillería hundió a las tropas del Zar en las aguas de los lagos austriacos. Ya como Teniente y por hablar perfectamente español, además del alemán, es destinado al 6º grupo de artillería a caballo junto al Regimiento de Húsares, que partía a España acompañando al que iba ser el nuevo Rey de España, bajo las órdenes del General Murat.

.....

De cualquier forma transcurrió la tarde y tras el toque de silencio se presentó en el despacho del General.

El recibimiento, por parte de General, fue más misterioso que por la mañana. Con el mismo informe entre las manos, que tanto abrió la curiosidad del Teniente, lo invitó a sentarse a la mesa de despacho.

— Espero ser preciso.

El General no podía dedicar mucho tiempo al asunto, por importante que fuera, tenia esperando la acometida del ejecito sobre Andalucía. Las primeras noticias de las unidades de reconocimiento sobre el paso de Andalucía, el paso de Despeñaperros, daban por poco controlada, prácticamente descubierto.

— A lo largo de los viajes de conquista por el mundo, —comenzó —he visto cosas extraordinarias. Cosas que la lógica no acierta a responder. Construcciones imposibles de realizar por el hombre. Estatuas que no hay ciencia que pueda plasmar. Tesoros imposibles de contabilizar. Piezas de oro puro tan enormes que parecería que todo el oro del mundo fuera empleado para ello —. Mientras esto decía, los ojos tomaban un brillo extraño —. En Egipto conseguimos descubrir un tesoro en una pirámide tan secreto que a los propios constructores los enterraban con ellos.

Se levantó sin soltar el escrito de sus manos y rodeando la enorme mesa se acercó al Teniente y le dejó este en frente, sobre ella.

— Hace dos meses el Capitán Francoise Wandossell, en unos de sus reconocimientos por tierras de Argelia, llegó hasta sus manos una información muy extraña. Según dice el propio Capitán, convivió con una tribu procedente de familias de los antiguos musulmanes expulsados de España, hacia el siglo XVI. Esta es heredera de una de las familias de los sarracenos más importantes que colaboraron con los nazaríes en la intentona de reconquista de Al-Ándalus, "robada por infieles" —continuó dando paseos alrededor del Teniente —y tras algunas semanas de peripecias, consiguió traducirlo al francés. Sacando a la luz una historia sobre un tesoro escondido en alguna parte de Al-Ándalus, tan grande que podría pagar al ejército mayor jamás pensado para la invasión de toda la tierra de la península ibérica. No dejaría de ser un bonito cuento de las mil y una noches, si no fuera por el testimonio escrito de D. Rafael Villanueva de Granada, escritor granadino muerto en 1678, que coincidiendo en particularidades con este pergamino árabe, hasta ahora no dejaba de ser un "cuento del misterio de Abdul Jamar Abdasalin", como se llama uno de sus libros.

En resumen Teniente, aquí en este dossier tiene todo lo concerniente al libro de D. Rafael Villanueva y la traducción del pergamino del Capitán Wandossell. Así como un contacto que ayudó al Capitán a entender esta extraordinaria historia, y que le será de utilidad para continuar la investigación.

— Mi General — abrió la boca fascinado con todo lo escuchado — ¿que ha sido del Capitán Wandossell?

— ¿Por qué pregunta eso?, yo no he dicho nada en pasado de él.

— Pero, ¿quién mejor que el que empieza un rompecabezas para terminarlo?

— Parece ser que en su regreso a París murió de unas extrañas fiebres.

El General se levantó para despedir al Teniente y estrechándole la mano le dijo — Teniente por lo visto, lo último que pudo decirnos el Capitán fue literalmente —"Se deberá presentar en la iglesia mayor situada en

Córdoba, en el que el escritorio le aportará información sobre el tesoro del pequeño General, con ello reconquistaremos nuestra vieja tierra."

— Mi General; ¿la iglesia mayor?; ¿el pequeño General?; la vieja tierra; reconquistar; un escritorio; un tesoro,... —decía el Teniente en voz alta

— Teniente, eso es lo que tendrá que resolver. Sí, un tanto extraño, pero ya sabe que una de nuestras misiones es la de financiar nuestro Ejército, y todo lo que se pueda sacar de fortuna estará bien para Francia y para el Ejército. Y si el emperador nos lo ordena, será algo importante. Así que limítese a recoger lo que encuentre.

Toda la noche estuvo el Teniente en la tienda dando vueltas al escrito. Cuando pensaba en la simpatía del emperador con su padre, se sonreía. Y le venía a la mente algunas de las cosas que le enseñaba su padre. —"Hijo nunca aceptes lo que vean tus ojos ni lo que escuchen tus oídos o lo que huela tu olfato, ni lo que puedan palpar tus mano o puedan gustar tu boca, junta todo los sentido estúdialos con la razón, entonces y solo entonces te acercarás a la verdad."

Ya había quedado con el General que lo que encontrara lo entregaría inmediatamente en el Estado Mayor y volvería a su Unidad. Que es donde en verdad le gustaba estar, entre sus artilleros, los cañones y sus cálculos aritméticos, aunque siempre le habían atraído las cábalas.

Capítulo III

De lo que narró Don Rafael Villanueva de Granada sobre el Tesoro de Boabdil El Chico

El Teniente Bomppiller, echado sobre el camastro, alejado de sus compañeros oficiales con quienes compartía la tienda de campaña, desplegó los documentos.

Un libro de pastas de cuero, con aspecto bastante viejo, manuscrito y curiosamente firmado en su última página.

Un informe dentro de una carpeta donde se podía leer el Capitán Francoise Wandossell, con los sellos del Cuartel General del Ejército de París y el tampón de secreto en la parte de arriba y debajo.

Comenzó en fascinante libro.

.....

La verdad es la percepción de la realidad por parte de cada uno que lo vive. Aunque solo existe una única realidad, hay tantas verdades como visiones distintas percibidas.

Tal como me lo han contado lo narro. Ningún interés me acompaña más que la de dejar constancia de una extraordinaria historia sobre un magnifico secreto que ha perdurado en el tiempo.

Muchos fueron los años dedicados a buscar este gran secreto, pero no es suficiente una sola vida para hallarlo. Por lo que aquí dejo plasmado todo lo que hallé con la esperanza que alguien pueda limpiar las injurias y los insultos de perturbado, enajenado o algo peor, vertidos sobre mi persona. Y, Señores, créanme que todos los nombres que aparecen son reales y

reales son los hechos que relato, ciertos son las gentes y ciertos los lugares, pero el final..., el final no está escrito.

Todo comenzó en los revueltos años de la última conquista cristiana por las tierras de Granada.

Blanca, altiva, triunfante, torres que llegaban hasta el cielo comunicándolo con el paraíso de Alá.

Sobre el cerro de la Al-Sabika se levanta la majestuosa Alhambra. Una ciudad dentro de otra. Un paraíso rodeado por un vergel. Su Alcazaba siempre vigilante de su pueblo. Sus palacios, sencillos en sus lados visibles e imponentes y mágicos en su intimidad. Sus jardines donde las plantas juegan con los pavos reales y aves del paraíso mientras bailan con el agua, bajo los brillos y las sombras del sol, creando una atmósfera embriagadora capaz de hechizar al forastero y cautivar al morador. Sus arcos imposibles colgados de las fantasías de escayola, que el agua duplica en sus reflejos brillantes. El laberinto palaciego lleno de patios coronados con fuentes y rodeados, como al azar, de salas la cual más atrayente y seductora, donde sus techos te llevan a grutas mágicas con sus estalactitas llorando sobre uno, y en donde el alma se enriquece con sapiencia de grandes sabios y oraciones elevadas a lo más profundo de tu ser. Entre las salas, estrechos pasillos perdidos, dan paso a otros lugares más grandilocuentes, aunque parezca imposible. Una de ellas, con los rostros de los diez primeros reyes Nazaríes, otra nos cuentan, en pinturas, la insólita historia de la dama enamorada de un cautivo cristiano y su fatal desenlace durante un torneo.

La sala de los Leones, fuente defendida por leones, por los que emana el germen de la vida, el agua. Un laberinto de hermosísimas salas, patios, jardines, fuentes y recovecos donde rezar, pensar, estudiar, jugar o amar.

Así era la ciudad de la Al-hambra, una ciudad dentro de Granada.

La medina llegó a tener una muralla con diecinueve puertas y con más de treinta torres, con nombre propio. La torre de la Rauda, del Cadí, la torre del agua, de las infantas, la torre de la cautiva y otras tantas, cada una con su historia exclusiva. Toda ella rodeada de arrabales. La impresión de abundancia que producía la ciudad venía determinada por el cinturón de

jardines, arboledas y huertas privadas que rodeaban a las murallas, pero la admiración crecía al punto de contemplar la Vega, cuarenta millas de alquerías, huertas y vergeles, o tierras de pan que eran sembradas todos los años.

El último reducto musulmán en la península que todavía resistía al otro Dios de los infieles, los últimos Nazaríes. Pueblo inteligente, avanzado en la medicina, astrofísica, ingeniería; pueblo culto con grandes literatos, pintores, artesanos, músicos; pueblo comerciante, exportador de seda, puertos a los que llegaban productos como algodón, especias, nuez de agalla para tintes, drogas, plomo y cobre, así como plata, aceite, alumbre y lino. Pero sus días tocaban a su fin.

Como dijo un viejo maestro, "la razón del infortunio granadino fue la discrepancia entre sus arraeces y sus ricos hombres, entre sus adelantados y sus cadíes, entre sus príncipes y sus visires porque cada cual anhelaba para sí la primacía, arrimando el ascua a su sardina, mientras que los cristianos — ¡Dios los maldiga! — se abatían sobre ellos con deslealtad, con engaño y trapacería... Hasta que les ha sido posible".

Otros estaban convencidos de que Al-Ándalus había sido castigado porque sus gentes dejaron de cumplir sus deberes más elementales, olvidaron la ley de Dios y éste dejó caer encima de ellos a su enemigo y les arrebató a ellos el país.

Las conquistas cristianas mitigaban Al-Ándalus para dejarlo reducido a... Granada...

Eran años tormentosos donde el asedio a la última ciudad Nazarí era acérrimo. Los nobles, comerciantes, tratantes y grandes fortunas de la ciudad aseguraban sus capitales en recónditos lugares, ya que las últimas caravanas, hacia Almería, Motril y Málaga para poder salir del bloqueo, hacía tempo que tenían muchos problemas para partir.

Los cristianos en tierras de Santa Fe, ciudad-campamento fundado por los insignes Reyes Católicos con el fin de rendir Granada por el hambre, se mantenían en los campamentos, y con luchas diarias de asedio a la vega de Granada y a los pequeños pueblos de alrededor. Poco a poco conquistaban

el desanimo de los ocupantes de las última ciudad mora. El sultán Boabdil "el chico" había sido preso por parte de los cristianos en la batalla de Alhama, pero resultaba más eficiente para los planes de conquista de los Reyes Católicos que el "preso" reinara en su ciudad. Un reino devorado entre las intrigas palaciegas de familiares, su tío El Zagal, quien pactaba con el mismísimo diablo si hiciera falta para ostentar el titulo tan deseado de Sultán del reino de Granada; y las perversiones de Aíxa, su madre, abandonada por su marido Muley Hacen que hipnotizado por los encantos de una cristiana llamada Zoraida o Isabel de Solís, según quién la mente, a quien no perdonó y aún odiaba. Desde su jaula de oro del Palacio de La Dalahorra en el corazón del Albaicín, la Alhambra chica como les decían los granadinos, la resentida y despechada madre urdía las tramas incitando al hijo contra el padre.

Las escaramuzas eran diarias, quizás de poca monta, quizás no trascendentales pero continuas. La familia del Sultán vivía gran congoja con las incesantes salidas a batallar de Boabdil y sus tropas, con la pretensión de mantener abierta la ruta hacia Almería y a la espera del auxilio de los sarracenos, contratados en tierras africanas, que no llegaban nunca. La población permanecía expectante. Los varones mayores de 16 años sin cargas familiares estaban reclutados y armados en las unidades militares mandados por oficiales muy curtidos en años de contiendas por tierras de Al-Ándalus.

Yusuf Abu 'Abd Allāh junto con su primo Ami Banu Sarray que algunas tardes gustaban de trastear por las calles del Albaicín imaginando luchas ganadas a los infieles y acercarse hasta las murallas por si veían al enemigo acechando con sus corazas de hierro y sus enormes espadas. Los dos chaveas de once años solían escabullirse, de los palacios de la Alhambra, por la puerta de los esclavos, por donde salían los prisioneros, la mayoría cristianos, para realizar los trabajos forzados. Ese día se les hizo tarde y les cogió la anochecida cerca de la puerta llamada Bib-Altaubin, junto al rio Darro.

— Yusuf, vamos a acercarnos a la Alcaicería por la zona de los carpinteros —. Le decía Amí.

Aunque no eran parientes, les gustaba a ellos tratarse como primos. Aunque lo mantenía en secreto, Amí pertenecía a la malograda familia de los Abencerrajes - Banu Sarray - "hijo de talabartero". Veinte años atrás, por apoyar unas revueltas contra el sultán Muley-Hacén (abuelo de Yusuf) y crear intrigas políticas el Sultán Muley-Hacen y su hermano El Zagal, ordenaron y prepararon el asesinato de los treinta y seis caballeros de la familia. Otras lenguas, románticas, dicen que pudo ser por un lance amoroso, ya que uno de los Abencerrajes fue sorprendido escalando los muros hacia la ventana de su amada imposible, miembro de la familia real.

El crimen horrendo se produjo en una de las salas de los palacios de la Alhambra, salón contiguo al patio de los Leones, siendo invitados para celebrar una comida de confraternidad y cerrar viejas rencillas. Tras la cena, con dispensas tales como faisanes, gamo, palomos, y dulces de todo tipo, se inició una velada con música y bailarinas. Se consiguió llegar a un ambiente embelesador, embriagador, hechicero como únicamente se podría conseguir en el marco de la Alhambra. Cuando más encantados y relajados se encontraron los invitados, la familia real con alguna escusa vana de preparar un último regalo a los invitados, desaparecieron. Como un águila cae sobre su presa, entraron más de sesenta guardias reales, irrumpiendo y desplomándose sobre los caballeros Abencerrajes. Degollaron sus gargantas como a traidores que se les consideraban. Los gritos, apagados por los puñales, navajas o alfanjes, sonaban a borbotones de miedo e ira al sentirse muertos. La masacre fue tal que a los soldados del sultán que participaron en tales hechos, tardaron más de un mes en desaparecérseles las manchas de sangre de las manos. El suelo de la sala se mando lavar durante los tres meses siguientes, y nunca se consiguió hacer desaparecer las manchas rojas. En el mármol quedaron para siempre las almas de los abencerrajes.

Durante la matanza de los Abencerrajes, a pesar de no disponer de armas ya que estaban prohibidas en los palacios, debiéndolas de dejar en el cuerpo de guardia, opusieron gran resistencia. Uno de ello, el más joven, consiguió escapar arrojándose por la muralla y rodando por la ladera llegó a caer al rio Darro, donde quedó mal herido. Logró subir hasta las primeras casas del Albaicín donde perdió el conocimiento. Los habitantes de esa morada al amanecer se lo encontraron y lo asistieron de sus heridas. Du-

rante varios días temieron por su suerte, pero comenzó a recuperarse con los cuidados de Fátima, que era la que allí vivía con sus padres ya mayores. Sin tener a dónde acudir permaneció en la humilde casa de Fátima la florista.

— Fátima has de hablar con el Alfaquí, que te dirá que debemos hacer con este hombre — le decía el padre—. No podemos tener a un hombre desconocido en casa.

— No te apures papa, cuando esté mejor y pueda hablar sabremos quién es —le decía Fátima—, pero por caridad no podemos dejarlo en la calle a su suerte.

— No es eso hija, pero hay que tener precaución.

Lo cuidó durante varios meses hasta su reposición total, pero por temor a que supieran de él la guardia de la Alhambra, cambio su nombre y nunca pronunció ni una palabra de los que en aquella sala pudo pasar.

El tiempo pasó. Él no confesó nada de lo que le ocurrió, alegando pérdida de memoria, pero su afabilidad y cortesía ganó el corazón de los padres de Fátima y a ella misma. En agradecimiento a Fátima le ayudaba en el negocio de las flores. ¡Un guerrero Abencerraje entre flores! No dejaba de ser un tanto extraño. Iba a la vega a recogerlas y las apañaba para la venta. Hacia pequeños ramos que luego Fátima vendía en la Alcaicería a las señoras nobles o jóvenes que adornaban sus trajes con ellas. Aunque nuca dio argumento de preocupación de su vida anterior, Fátima no quiso indagar en el pasado.

— Nada importa tu vida anterior si esta la haces correctamente. —Solía decir ella cuando alguien intentaba recuperar la memoria perdida.

El Abencerraje ahora llamado Alí Butajar se casó con Fátima poco después y tuvieron un solo hijo, Amí. Alegre y siempre dispuesto en meterse en camisas de once varas. Amí se crió en la Alhambra. Lo nombraron escudero de juegos del Príncipe gracias a su desparpajo, inteligencia y gracejo para ganarse a la gente, además de saber leer y escribir con algo de soltura. Cuestión esta que a todos extrañaba y que su padre siempre llevó en secreto para esconderlo de los vecinos chismosos. “Hijo para ser un

comerciante te hará falta paciencia, vista y además saber leer, escribir y algo de cuentas".

Cuando contaba con ocho años, su padre le contó su verdaderos orígenes y le relató la historia de su abuelo y su abuela Abindarraez y Jarifa.

— Tu abuelo llamado Abindarraez vivió de pequeño en Cártama, —comenzó el padre— donde aprendió a leer y escribir y algo de historia y de ciencia, en la casa del alcaide de la ciudad. Tenía el alcaide una hija, llamada Jarifa, con la que las horas de juego eran compartidas. Esa niña de enormes ojos negros fue creciendo, se convirtió en una hermosa muchacha y sus corazones quedaron entrelazados en el amor. Se prometieron en el enlace, pero poco antes el Rey ordenó el traslado del alcaide a Coín, a donde se trasladó con toda su familia, quedando el joven Abencerraje triste y sin consuelo. A los pocos meses llegó un mensajero entregándole una carta de Jarifa donde le pedía que fuese a su encuentro que lo tenía todo listo para su enlace en secreto. Tu abuelo no espero más que el tiempo de ponerse sus mejores vestidos y acompañado de dos sirvientes y unos amigos cabalgaron hacia Coín.

Cabalgando por los campos de Antequera — continuaba su narración —, ya en zona cristiana y con la cautela necesaria continuaba campo a través evitando los caminos que hacia la ciudad iban. Cuando de repente, cabalgando a galope se dirigían hacia ellos siete cristianos, de los de vestidos metálicos, voceando y blandiendo sus grandes espadas al viento. No tuvieron tiempo más que a desenvainar y protegerse de la primera envestida. El enfrentamiento fue corto y aunque brioso cayeron prisioneros de don Rodrigo de Narváez, caballero alcaide de la ciudad de Antequera.

Bajo la acusación de intentar beneficiarse de la leña y la caza de sus tierras fueron conducidos a la ciudad para un interrogatorio.

Tu abuelo apesadumbrado por la captura no podía quitarse de la cabeza a su amada Jarifa.

Don Rodrigo observó que de entre los cautivos destacaba uno por la riqueza de sus vestiduras, por la gallardía de su presencia y también por el semblante dolorido que tenía. Y acercándose a él, le dijo:

— No habéis de poner tan mal semblante. En esta vida nuestra de algaras y luchas, unas veces toca vencer y otras ser vencido. Y aún más: vuestro honor ha quedado a salvo, porque tanto vos como los vuestros habéis luchado como valientes guerreros.

Mas tu abuelo no contestó nada, sino que suspiró profundamente. De nuevo insistió Narváez en dar ánimos a su vencido enemigo, hasta que al fin le contó su aventura y la de su amada. Del amor que se profesaban, de la salida de ella hacia Coín y de su partida para reunirse con ella para el casamiento.

— Pero ¡ay, qué vanamente tejemos ilusiones! —le decía tu abuelo a Don Rodrigo—. El encuentro con vosotros, la lucha y mi vencimiento hacen imposible, una vez más, que pueda realizarse lo que Jarifa y yo deseamos. Ahora, ella esperará en vano, y la desesperación, al creerme muerto, la matará. Ved si no es causa suficiente todo esto para que mi ánimo esté sombrío y triste.

Don Rodrigo de Narváez era conocido, además de venerador del Creador y amante de la Santa Madre Iglesia, como caballero justo y valiente. Emocionado ante la desdicha de su prisionero, tomó la decisión de remediarla en lo que pudiera, y le dijo:

— No hay que acatar los fallos de la fortuna cuando pueden repararse. Veo que sois de noble sangre y quiero poner mi fe en vos. Os doy libertad para que vayáis a Coín a encontraros con vuestra amada, y después habréis de regresar a nuestro campo para entregaros como cautivo.

Inmensa fue la alegría de tu abuelo, Abindarráez, que quiso echarse a los pies de Rodrigo de Narváez, lo que impidió éste, exhortándole a que marchara al punto. Así lo hizo, y cabalgando a todo galope llegó a Coín, en donde Jarifa ya esperaba presa de la mayor impaciencia.

Le contó lo sucedido y una vez que celebraron sus esponsales, salieron ocultamente en dirección a Álora.

No como cautivos, sino como huéspedes, recibió Rodrigo de Narváez a Jarifa y Abindarráez.

Todos los cristianos estaban admirados de la belleza, la discreción y el encanto de Jarifa, y la gallardía y nobleza del joven Abencerraje. Éstos temían aún el castigo del padre de la doncella, al que suponían irritado por la unión y la fuga de los amantes. Así que Narváez mandó mensajeros al rey de Granada, relatándole todo el caso y pidiéndole que interpusiera su influencia cerca del alcaide de Coín para que perdonara a su hija.

El rey moro, conmovido y llevado por su cariño a Abindarráez, ordenó al padre de Jarifa que se presentase ante él y le pidió que concediera su perdón a los fugitivos. El perdón fue concedido y comunicado a los mensajeros de Narváez.

Juntos estaban los amantes en el jardín del alcaide de Álora, meditando lo que les reservaría el porvenir, cuando Rodrigo con el semblante muy alegre llegose a ellos para decirles:

— Han venido cartas de Granada por las que estáis perdonados. Yo no quiero ser menos generoso y os concedo la libertad. Podéis marchar en cuanto mis hombres os preparen caballos y escolta.

Abindarráez y Jarifa, con los ojos llenos de lágrimas, besaron las manos del generoso alcaide, agradeciéndole todo lo que por ellos había hecho. Y una vez que fueron despedidos por todos los que habían quedado prendados por su juventud y belleza, marcharon hacia Coín, acompañados y agasajados por Narváez y sus caballeros hasta la misma frontera.

Días después tu abuelo envió unos emisarios llevando a Narváez seis mil escudos y unos hermosísimos caballos; presentes que tus abuelos hacían a su vencedor y libertador. Mas Rodrigo, galantemente, rehusó el rescate y el obsequio, mandando a los moros que se lo llevasen de nuevo y diciendo que él no acostumbraba robar damas, sino servirlas y honrarlas.

Al poco tiempo nació Yusef Rodrigo, su primer hijo, que a modo de homenaje quisieron nombrarlo así.

Y así fue como Amí conoció sus raíces. Desde entonces su orgullo lo hacía más atrevido, y aunque mantenía el secreto de su linaje, algo le notaron sus amigos y vecinos que lo diferenciaban del niño travieso de la florista.

— Sí, subamos hasta la Alcaicería y veras como soy capaz de escalar hasta la ventana del judío Aarón el ebanista.

La luna brillaba llena y entre sus sombras avanzaban descuidados; sabían que la Sultana, en la Alhambra, no les esperaba, ya que ésta pensaba que estarían con su abuela en el palacio de la Dalahorra, pero sí andaban con el temor de encontrase con la ronda. La intransigente guardia que los pondrían en el cuerpo de guardia para pedirles explicaciones, alertando al Sultán. Un riesgo que no podía permitirse si querían seguir disfrutando de cuan en vez de estas aventuras.

Subiendo pegados a la muralla de la ciudad por entre las callejuelas desiertas y silenciosas, sintieron pasos presurosos y chapoteos, pero con unos sonidos metálicos que no eran capaces de identificar.

— Será mejor que nos escondamos tras estos tablones —le decía Yusuf mientras se acercaba a unas tablas que apoyadas en una pared hacían como de parapeto.

— Es extraño... —Decía Amí mientras le tapaba la boca su amigo, una vez ya escondidos tras el escondite.

Siete siluetas metálicas susurrando en lengua extraña, pasaron justo delante de ellos, sin sospechar nada. Petrificados se quedaron al poder verlos a través de una raja entre las tablas. El aliento se les quedó congelado en la puerta de la boca y los ojos espantados, no podían pestañear. Tantos días jugando a las batallas ganadas a los infieles y ahora ante ellos no podían moverse.

Ya alejadas las sombras, salieron del cauce del rio y entraron en las calles de la ciudad, los dos se miraron y a la vez se dijeron susurrando —¡Caballeros infieles en Granada!

— Debemos avisar a la guardia

— No —contestaba Amí —, nos descubrirían y atenderían antes a detenernos a nosotros que parar a esos infieles. Sigámoslos.

— ¡Estás loco! Nos meteremos en más problemas.

— No seas cobardíca —le decía Amí.

— No olvides que hablas con el Príncipe

— El príncipe de los miedicas.

— Te demostraré que no.

Saliendo de su escondite siguieron el ruido que iban haciendo los caballeros.

Subían pegado a la muralla para cruzar el rio Darro hacia la mezquita mayor. Los dos chaveas iban corriendo por temor a perderlos, pero al llegar a la esquina sur de la mezquita casi se topan de bruces con el grupo de infieles. Se les había añadido unos nueve caballeros más que en las mismas puertas trasteaban, sin poder ver bien que hacían.

Estos quince caballeros infieles estaban mandados por el famoso Hernán Pérez del Pulgar y su escudero Pedro lo acompañaba. Ya era conocido en Granada y mas por el mismo Boabdil que durante el asedio al castillo de Salobreña, ciudad costera, cuando ya agotados los pozos y esperando la rendición, salió a las murallas y arrojó el último cántaro de agua que quedaba. Aún así vencieron en el asalto musulmán al castillo.

Al anochecer este grupo de infieles se habían acercado por el sur de la ciudad y atravesando sigilosamente la vega, primero por el mismo cauce del Genil y continuando por el cauce del rio Darro, se dirigía al mismísimo corazón de Granada, con túnicas cubriendo sus armaduras y escondiendo sus espadas. Llegaron hasta la puerta situada en el mismo cauce del Darro cerrada con un gran rastrillo. Esta puerta de rio, situada entre las puertas de Bib Arrambla y la de Bib Altaubim, tenía una zona que el agua había horadado y que con facilidad permitía el paso hacia el interior de la ciudad. Usada en muchas ocasiones por labradores que provenientes del arrabal se les hacia tarde y llegaban al anochecer con las puertas cerradas, o personas que no querían dar razón de la ausencia de la ciudad.

Los caballeros escondidos entre las sombras y los arbustos del rio, hicieron un pequeño corro con el fin de determinar los detalles de su plan, mientras tres de ellos, colocados en sitios estratégicos, controlaban y daban seguridad al grupo vigilando.

Don Hernán sacó un pergamino en el que había dibujado un croquis de la ciudad, con las rutas de la ronda de la guardia y las calles hasta llegar a la mezquita mayor. De rodillas y alumbrado por la luz de la luna, Don Hernán, fue dando las ordenes de por donde habían de recorrer cada una de las dos patrullas en la que se iban a dividir, para volverse a juntar en el objetivo principal. El objetivo era el de desestabilizar a la población poniendo en tela de juicio la seguridad de la ciudad, quemando la mezquita mayor. No se sentirían a salvo en sus casas.

Partieron los dos grupos por rutas distintas, para asegurarse que uno de los dos tuviera éxito, escondiéndose de la luz de la luna pegados a las fachadas. Recorrieron las calles sin ningún contratiempo y al llegar a la esquina sur de la mezquita, junto al rio, se reagruparon y mientras don Hernán junto con seis caballeros más y su escudero Pedro se dirigieron a la entrada principal, el resto se distribuyó por las esquinas y alrededores para dar la seguridad necesaria. Don Francisco, caballero alto con el pelo largo, copiosa barba y unas manos enormes que parecían braseros de cama, descubrió en la esquina sur a los dos tabardillos olisqueando. Los cogió por las nucas y casi en volandas los enfrento a su enorme cara peluda. Los dos zagales se quedaron petrificados y sin poder reaccionar, el caballero que lo acompañaba, cogió a Amí y ambos en volandas y tapándole las bocas los acercaron hacia la puerta principal, donde Don Hernán ensimismado, sobre un gran pergamino, escribía mientras decía: — Si no puedo ofrecerle a la Virgen María el gran castigo a los infieles de despojarles de su mezquita, le brindaré una promesa.

— Señor —decía Don Francisco—, mire que hemos cazado. — Le decía mientras les mostraban a los dos zagales.

Realizando un pequeño giro con la cabeza para ver lo que le enseñaban les dijo: — Degolladlos.

Los dos primos se miraban de reojo con los ojos desorbitados, sin poder apenas moverse de entre los brazos de las dos enormes montañas sudorosas, apestosas, peludas, y duras como las sartenes. No entendieron lo que dijo el que de rodillas estaba pintando en el pergamino, pero comprendieron que era su fin cuando un tercero desenvainó su enorme espada y se dirigió hacia ellos.

— Señor son chiquillos.

— ¿Cómo? — Se interesó don Hernán y poniéndose de pié se adelantó para verles las caras. — Los niños no tiene la culpa de los errores de sus padres. Retenedlos hasta que termine.

Aunque habían escuchado la lengua de los infieles algunas veces, no tenían ni idea de lo que decían, pero los rostros eran muy expresivos, y se empezaron a tranquilizar tras darse la vuelta el que parecía que mandaba. Una vez terminado y tras leerlo, clavó en la puerta el pergamino y colgando de este unas cintas de colores rojas y verdes, colores que le identificaban. En el pergamino se podía leer un "Ave María" y la leyenda siguiente: "Sed testigos de la toma de posesión que realizo en nombre de los Reyes y del compromiso que contraigo de venir a rescatar a la Virgen María a quien dejo prisionera entre los infieles".

Los caballeros se pusieron en marcha de forma automática, cada uno tomando una dirección distinta para reunirse de nuevo en la parte este de la mezquita. Los muchachos agachados en una esquina de la puerta se quedaron inmóviles cuando los dejaron en el suelo y con el dedo índice estirado delante de la boca les hicieron una señal de silencio. Pedro se les acercó y en voz baja les dijo: — Habéis tenido suerte, hoy empieza vuestra segunda vida.

Cosa que no entendieron, por no conocer su lengua, a no ser por la sonrisa y el giño que al final les hizo.

Trascurridos varios minutos comenzaron a moverse, mirándose uno al otro se dijeron que hacer. Llamaremos a la guardia. En ese momento escucharon la ronda. Eran cinco soldados que bajo las órdenes de un Capitán venían de la puerta de Bib—Rambla.

— Señor, señor. —Gritaban los dos chaveas corriendo hacia la guardia.

Consiguieron dar la voz de alarma y salieron en su persecución, cuando una gran humareda salía del principio de la alcaicería. En su huida habían prendido varias puertas de los negocios de la Alcaicería. Eso alertó a otras patrullas y se realizó una gran persecución. Pero el rastreo no dio el

resultado esperado; el de dar en prisión con los infieles, que olían mal y tenían el pecho de lata.

Las aventuras de las salidas nocturnas de los dos compinches se acabaron. El sultán muy contrariado los recluyó en los palacios de la Alhambra de la que salían solo custodiados por la guardia.

Los días fueron a peor y el asedio se recrudecía. El palacio se cubría con un humo de tristeza. La sultana Morayma mandó llamar a un famoso sabio astrólogo que se llamaba Ben-Maj-Kulmut y consultó con él en gran secreto, el horóscopo del rey Boabdil. Contestole el anciano: "Dicen las estrellas que el último Rey Nazarí vivirá mucho para padecer mucho".

Los ataques externos en la vega iban menguando conforme se acercaba el invierno. En unas de las salidas, al regreso de Laujar de Andarax a donde solían ir con frecuencia, fueron apresados el sultán con su esposa Morayma y sus dos hijos. Esta detención consternó a una población convulsa que con sentimientos contrapuestos entre la resistencia hasta la muerte y la pretensión a la generosidad del adversario, se encontraban divididos. Ausencia que el tío de Boabdil, aprovecho para hacerse con el poder.

Los siglos de convivencia fronteriza entre ambas culturas, había llegado al punto de una cierta comprensión entre una y otra parte. "El Zagal", así llamado el tío de Boabdil, consiguió el poder bajo coacción a la guardia y con apoyo de algunos influyentes de la ciudad. Pero poco duró pues los reyes Católicos pusieron en marcha el plan que, de lograrlo, culminaría en la reconquista de España.

Dejarían en libertad al rey Nazarí y a su esposa y lo apoyaría para volver al poder de la ciudad, quedose como rehenes a sus dos hijos, con la condición de negociar la entrega de Granada.

Aceptó.

Entre otras cuestiones, las que más hincapié hizo el rey Nazarí fue la de proteger a su pueblo, sus costumbres y religión. Las negociaciones fueron largas, pero con la condescendencia, sobretodo, de la reina Isabel, se llegaron a buen término. —"Esta guerra ya es muy larga y no podemos

permitir mas muertes. Dios nos ayudará en este último trance, pero nosotros tenemos que terminar esta conquista con la evangelización y no con las armas."

Don Fernando no quería ceder algunas de las pretensiones, sobre todo en lo referente a la ostentación de armas y la cesión de tributos, pero cedió. Por otro lado, doña Isabel estaba muy segura de que podría persuadir y convertir a los moros a la verdadera religión, terminando así la cristianización de España.

Regresó Boabdil al trono de la Alhambra y transmitió a su gobierno lo convenido con los reyes Católicos. Todo esto lo presentó como un cambio de gobierno, en donde ellos no iban a estar, pero el pueblo continuaría sus vidas sin peligrar su religión ni costumbres.

Por toda la ciudad se iban pregonando para conocimiento General los términos del pacto para la entrega de Granada. Entre otras cosas se acordó:

"Que los moros podrán mantener su religión y sus propiedades. Que los moros serian juzgados por sus jueces bajo su ley, que no llevarán identificación que delaten que son moros como las capas que llevaban los judíos. Que no pagarán más tributos a los reyes Católicos que el que pagaban a los moros. Que podrían conservar todas sus armas menos las municiones de pólvora. Que se respetarán y no se tratarán como renegado a ningún católico que se haya vuelto moro. Que los reyes solo pondrán de gobernantes gente que trate con respeto y amor a los moros y si esto faltasen en algo serían inmediatamente sustituidos y castigados. Que los moros tendrán derecho a gestionar su educación y la de sus hijos."

Mientras el cautiverio y la negociación en Santa Fe, Boabdil barruntaba su disconformidad de la situación con un plan que le permitiera recuperar, no sólo Granada sino también todo Al-Ándalus. Para ello pretendía recoger las grandes fortunas de la ciudad y de palacio y guardarlas en un lugar seguro a la espera de la vuelta con más ímpetu y refuerzos de tierras africanas, lugar de posible destierro.

Al llegar a la Alhambra mandó al General Abselam Ab-Alafaamman, de forma secreta, la convocatoria en la sala del trono de la Alhambra de sus

seguidores más fieles del gobierno y a las fortunas más importantes de la ciudad.

Al día siguiente al anochecer fueron llegando los elegidos y escondidos tras las capas pardas como los judíos, fuero entrando en la sala. La guardia custodiaba los palacios y nada en la Alhambra ni en la ciudad de Granada hacía sospechar lo que estaba a punto de ocurrir. La noche serena del principio del invierno permitía que se encendieran pocos braseros y pocas luces, necesarios para evitar atraer la atención.

Bajo juramento de los asistentes, se acordó entregar la mitad de las riquezas de cada una de las familias y el ochenta por ciento del tesoro nazarí, bajo la promesa que una vez reconquistado Al-Ándalus estas familias tendrían además de la reposición de los fondos aportados, un trato especial en el comercio de la ciudad. Estos fondos servirán para pagar al ejército sarraceno contratado y la flota que se prepararía, para que junto con todos los moros en África y los hermanos turcos que se quieran adherir, comenzar la reconquista de nuestras tierras.

Alguien se encargaría de mantener el secreto a salvo hasta que llegara el "encomendado" para el inicio de los preparativos en tierras granadinas.

¿Quién será el elegido?

Era la principal cuestión.

Debería ser alguien que no perteneciera al gobierno, que posiblemente tendrían que marcharse todos. Tampoco al ejército, que acompañarán al gobierno a la expatriación, ni a alguien con "nombre" entre los ciudadanos que estarán controlados. Ha de ser alguien fiel a Alá y a Granada, dispuesto al sacrificio de entregar su vida a esta posible epopeya, y sobre todo a que pase desapercibido para poder ¡guardar un gran secreto sin correr peligro de que se pueda descubrir!

No era fácil implicar a alguien desconocido en tan poco tiempo con estas características. Pero no saldrían de la sala hasta tener todo decidido y determinado.

Algunos hombres se señalaron pero quizás el Alfaqií fuera el más idóneo para que propusiera al más indicado. Así se levanto de la reunión